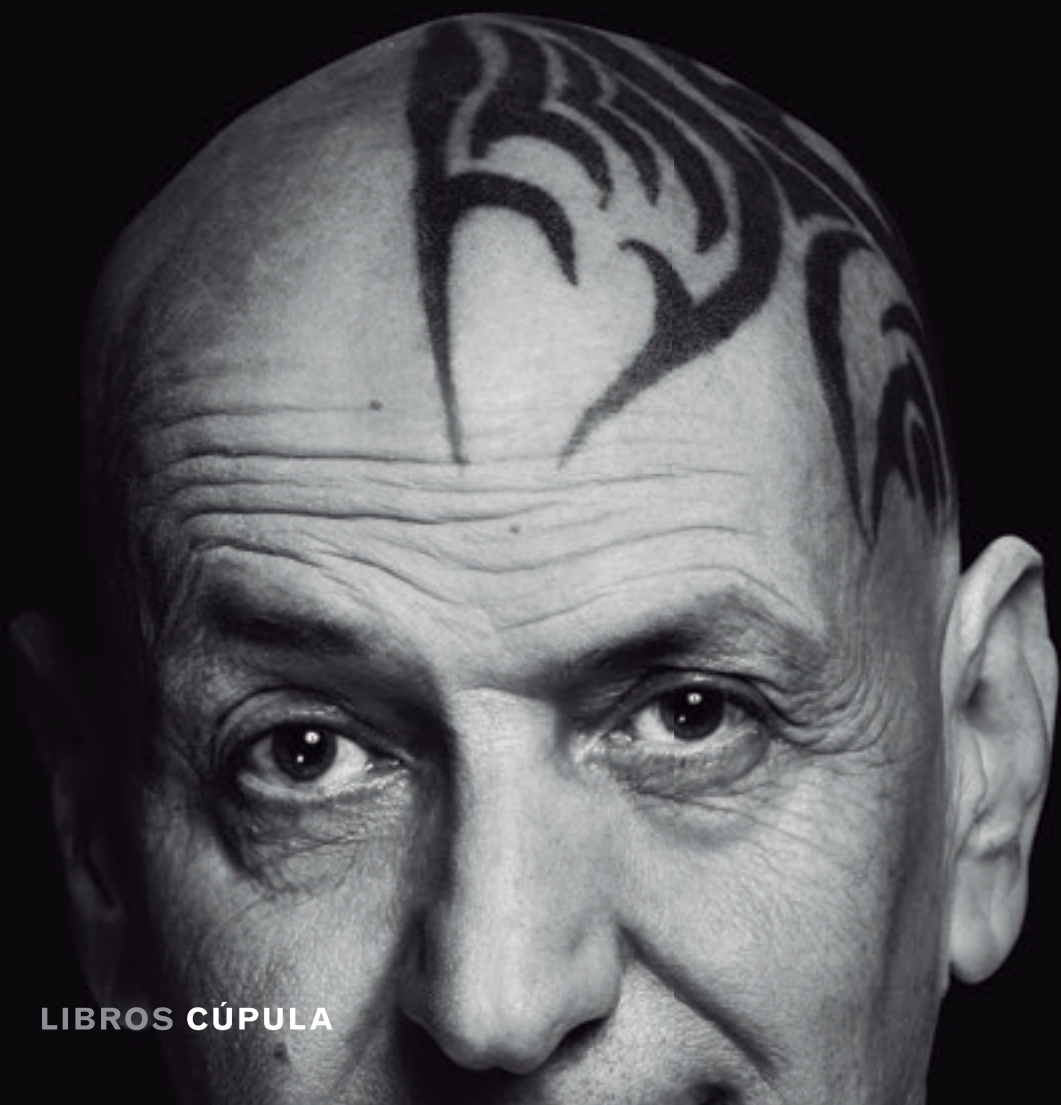


COTO MATAMOROS

LIBRO DE RECLAMACIONES

ALGO ASÍ COMO UNAS MEMORIAS



LIBROS CÚPULA

COTO MATAMOROS

LIBRO DE RECLAMACIONES

ALGO ASÍ COMO UNAS MEMORIAS

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: José Antonio Matamoros Hernández

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño
Área Editorial Grupo Planeta

Primera edición: mayo de 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2420-8

Depósito legal: B. 906-2018

Impreso en España— *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Nacimiento y renacimiento	11
Gigantes y cabezudos	17
El arte del buen vivir	23
Murieron con las botas puestas	29
Un verso suelto	35
Fly me to the moon	pág. 41
Morir para vivir	45
La permanente presencia de los ausentes	53
El cazador cazado	59
Una pérdida irrecuperable	63
La jaula del mono	71
Realidades paralelas	79
La imbecilidad de lo inservible	85
Calle Betis	91
Salto de cama y salto a la fama	97
El colapso de la inteligencia	103
Dos marcianos en Aribau	111
<i>La Flor de Usera y Crónicas Marcianas</i>	119
De ángeles y demonios	123
Descubriendo otra televisión	129
La Campos y un harakiri sin honor	133
La gran faena de Gaspar Barcelona	137
La belleza	147
<i>Hinc lucem</i> (De aquí la luz)	153
Las matemáticas de la Creación	161
El suicidio	175
El tatuaje (regalo original)	183
En el talego	187

Palabras para Lucía 193

Para Alicia 199

Agradecimientos 205

NACIMIENTO Y RENACIMIENTO

Sorpresa e incredulidad fueron las emociones del doctor que atendía el parto, consumado profesional que no pudo evitar echarse hacia atrás ante el espectáculo que estaba observando. Uno de los mellizos sufría una estupenda llave de rendición de lucha libre. Tras dudar la eternidad de dos segundos, el ginecólogo acabó por reclamar auxilio a la comadrona para separar a las criaturas, una de las cuales presentaba claros síntomas de asfixia, pues el color del triángulo nasolabial era azulado. Después de liberar al agredido del brazo del otro sietemesino, atónito, sacudió la cabeza. La comadrona, que había observado con admiración aquel momento, no menos impresionada, se acordó de Cristo crucificado y, quizá por ello, se santiguó tres veces antes de separar ya en el aire a los neonatos. Nunca antes, que tuviera noticia, había sucedido algo parecido.

Si la víctima se había llevado lo suyo, no fue poco suplicio añadido que estando sin aire le cortaran el cordón umbilical, operación que acabó por vaciar de aire sus pulmones antes de ser zarandeado y vapuleado hasta alcanzar el llanto necesario que le sujetó a la vida. Pero aun así, su tono muscular estaba reducido al mínimo y su respiración era extremadamente débil. La hipoxia fetal sufrida le garantizaba lesiones cerebrales de carácter irreversible por defecto de oxígeno en el cerebro. Para tratar de salvar o al menos dar alivio al neonato, se le envió al abrigo de una incubadora, máquina que entonces generaba un exceso de oxígeno desmedido, un error de cálculo fuente de futuras complicaciones.

Consecuencia de la demasía de oxígeno es la fibroplasia retrolental, afección que ya de por sí es frecuente en niños prematuros y que a largo plazo suele generar glaucoma de ángulo cerrado y, a medio plazo, innumerables problemas de visión, entre ellos la miopía. El fallo en el correcto funcionamiento de ese tipo de urnas se había detectado precisamente aquel año en Estados Unidos, valiosa información que a pesar de su importancia no impidió que hasta pasada una década fueran reemplazadas las incubadoras que se utilizaban en nuestro país.

Por aquel entonces, España había reducido su tasa de mortalidad infantil considerablemente. Justo fue aquel año del 56 cuando se alcanzó el porcentaje del 50 por mil que, si no nos equiparaba, nos acercaba a la cifra estadística de los países desarrollados.

En una sala de atmósfera irrespirable por efecto del fuma que te fuma de los progenitores y demás familiares de las parturientas, en el aire viciado se mezclaba el humo nervioso que expelían burgueses y chisperos. Manuel Matamoros Ripoll, del barrio de Chamartín, un chispero con aspiraciones burguesas, con la edad de treinta era fumador de rubio americano sin filtro, pluriempleado por necesidad y oyente comprensivo de cuantos se habían dirigido a él en una espera interminable salpicada de charlas obscenas de intimidad familiar salpicadas de anécdotas tan ausentes de materia que sus protagonistas no admitirían una visión ontológica. Cuando don Manuel fue llevado a un pasillo donde el doctor tuvo la deferencia de relatar lo acontecido, frunció el ceño y acto seguido se olvidó de sí y mostró su incipiente calva al doctor al tiempo que, clavando la mirada en el suelo, sintió como una corriente de aire frío penetraba en su interior. Necesitó un tiempo de espera para que su pensamiento tomara forma tras escuchar un diagnóstico de parálisis cerebral que, debido a la destrucción de las células cerebrales del recién nacido, abarcaba un desastre de posibilidades tales como trastornos mentales, lesiones neurológicas y retraso mental. Ante semejante deterioro, y procurando no perder la entereza, la mirada de mi padre, que permanecía clavada en el suelo, se nubló, y descubriendo a nadie una funda de oro en un molar murmuró severas palabras en consonancia con una geografía mental sin accidentes. Aquella madrugada del 27 de diciembre, el hombre que sentía la palabra «retraso» golpeando su cabeza como lo hace un badajo en la campana, debió plantearse, por primera vez, el exorcismo como drástica solución. Y he aquí que ese mismo día se produjo una ruptura entre mi padre y yo que duraría el resto de su vida.

Desolado, volvió a la sala de espera cuando el doctor volvió a sus obligaciones. Se esforzó en recordar algo sobre el orden natural de las cosas. Recientemente, había leído un artículo sobre la existencia de un extraño orden de donde mamaba el derecho natural. A esa autoridad de la naturaleza debería obedecer la desgracia de tener un hijo retrasado mental o la fortuna de poder ver jugar a Alfredo Di Stéfano. El mejor futbolista del mundo, un jugador completo. Con lo ajustados que estábamos con

Manolín, ahora estos, o este. El gol de Di Stéfano en la final de la Copa de Europa contra los franceses decidió todo porque fue el gol que hizo posible la remontada. Coño, y ahora a cuál le llamo José Antonio: tenía decidido hacerlo con el primero en nacer, porque soy mucho más de José Antonio que de Franco. Claro que el gol de Marquitos supuso ponerse por delante. Quizá José Antonio no salga de esta y si sale, a saber cómo. Así que Francisco será José Antonio. Este año con Kopa ganamos la liga seguro, pero seguro. Y a todo esto ando ahogado en gastos, necesito otro trabajo aunque me ocupe la noche. La vida no tiene por qué ser precisamente un lecho de rosas. Al menos Manolín está siempre sano y el asesino al parecer debe estarlo también. Si la situación es como para deshacerse en lágrimas es que así debe ser el orden natural de las cosas.

El caso es que se temió durante días por la vida y la salud de quien pareció tener salida inmediata a la eternidad. De su traumática experiencia, aunque con absoluta seguridad lo desconozca, sacó la enseñanza de que para vivir tendría que luchar. Porque quiso Dios, entonces la gente tenía tan incrustada la religión que todo era lo que Dios quisiera que fuera, que aquel intento fratricida quedara en eso; en un homicidio frustrado envuelto en un dulce hedor a pentotal y desinfectante que a simple vista no dejó huellas físicas.

La primera vez que me recuerdo feliz fue recién nacido, acurrucado en el regazo de mi madre. Existe un proceso de vinculación directa que se inicia con el primer contacto físico entre madre e hijo justo después del parto. Es importante que se produzca este encuentro, ya que es la única forma de alcanzar la tranquilidad y el bienestar en ese periodo en el que se es especialmente sensible. Creo que quien haya sido testigo de una escena en la que una madre contempla a su recién nacido no puede poner en duda esta afirmación.

Ella, Enriqueta Hernández Martín, dos años mayor que él, a pesar de ser la personificación de la ingenuidad, entendía que la supervivencia de los más aptos pasaba por episodios como el vivido, que no por no estar exentos de crueldad dejaban de ser necesarios para la especie en general. Por evitar su preocupación le habían ocultado la condición múltiple de su embarazo, aunque no siendo primeriza, o por pura intuición, sabía bien lo que llevaba dentro. Ella a su vez se lo había ocultado a su marido por evitar una preocupación añadida a quien comenzaba a parecer un inventor

de preocupaciones y un coleccionista de responsabilidades añadidas. Hasta entonces había sido mucho más feliz de lo que fue luego. ¿O no lo fue ya nunca más? Enri siempre vivió con la nostalgia del «antes de».

Muy probablemente, el lector se esté preguntando cómo es posible que alguien tenga la desfachatez de escribir sobre su nacimiento y encima dibuje la realidad con cierta violencia en el trazo. Bueno, la realidad, aunque sea siempre subjetiva, no dejará de ser mi áspera realidad, aunque les advierto que como se verá más adelante tampoco está falta de sentimentalismo. Los budistas mantienen que la ignorancia crea perversiones, apariencias mentales que infectan el proceso de la conciencia, lo cual provoca que en lugar de ver las cosas como son las veamos de manera opuesta. Quizá más de uno entre ustedes esté pervirtiendo la realidad.

En cualquier caso aclararé que hace más de cuarenta años Leonard Orr desarrolló una técnica denominada *rebirthing* (renacimiento) consistente en realizar una respiración forzada y sostenida hasta alcanzar un nivel de hiperventilación que hace aflorar memorias natales y prenatales. En psicología creativa se sostiene que la forma de nacer condiciona la personalidad y, en consecuencia, el resto de nuestra existencia. No en vano, Freud ya relacionaba directamente la angustia con el trauma del nacimiento.

En otoño de 2013, tras un breve retiro en el santuario espiritual Spirit Rock, situado en Woodacre, cerca de San Francisco, viajé a Los Ángeles. Allí conocí a Maya Keller, *rebirther* que me inició y dirigió en el conocimiento y práctica de esta técnica. En todos los viajes a mi interior, realizados uno en cada sesión, he abierto mi inconsciente para localizar mis emociones y eliminar los limitadores que son el origen de los bloqueos que había venido padeciendo durante cincuenta y cinco años. Para conseguir un mayor desarrollo personal y espiritual resulta imprescindible pasar por alto las expectativas que nuestros padres habían depositado en nosotros y las expectativas que nosotros hicimos sobre ellos. Esto es lo que se conoce como desaprobación parental y se trabaja de igual forma que el trauma del nacimiento. Del mismo modo podemos eliminar el denominado trauma de escuela y trabajar el pensamiento creativo para ganar en conciencia y libertad. En definitiva, es una cuestión de ritmo respiratorio, algo que te empuja dentro de ti mismo y que responde a un fundamento emocional y fisiológico que te lleva a vivir de nuevo experiencias de tu pasado.

Así he podido recordar aquel momento y superar el trauma del nacimiento. Sentí cómo me vi empujado hacia un embudo por una fuerza extraña que me llevó a caer de cabeza por un túnel que se hacía a cada centímetro más estrecho y que encontré taponado por un intruso que me impedía abandonar ese espacio que se había vuelto agobiante. Natural fue sentir la necesidad de apartarlo y, de hecho, lo empujé sin ningún resultado. Entonces fue cuando abrazando su cuello quise hacerlo descender hacia atrás como quien hace una ahogadilla. Pero una fuerza aún mayor tiró de los dos hacia adelante hasta sacarnos a una atmósfera desagradable por fría y de una luz tan cegadora que parecía quemarme los ojos. Así y todo permanecí por unos instantes enredado en el intruso hasta que quedé sin fuelle. Luego me cortaron el aire y me azotaron. Lloré por primera vez. Quedé traumatizado y sentí el estado de necesidad como todo recién nacido. Aquella protoangustia me hizo reconocer que había sido expulsado del paraíso. Por fin me depositaron en el calor de mi madre, sentí su protección y fui feliz por vez primera en el mundo exterior al sentirme amparado física y emocionalmente.

Es cierto que no disfruté por mucho tiempo los beneficios de su pecho. Al ser dos bocas menesterosas, nos alimentaron con una leche comprada de estraperlo, Pelargón, que corrió por cuenta del mi abuelo materno. Aunque eso no evitó que pasara mucho tiempo en brazos de mi madre mientras ella me miraba con beatífica contemplación.

GIGANTES Y CABEZUDOS

Era un gigante, con gesto severo, mandíbula cuadrada y orejas descomunales. Caminaba sin compás mientras parecía avanzar empujado por el vaivén de sus hombros. Vestía de negro como un pistolero, chaleco y sombrero incluidos. Lo único que brillaba en su vida eran los negros zapatos que calzaba y la cadena del reloj de bolsillo. Los niños que lo veían subir por la prolongación de General Mola hasta mi casa se apartaban, algunos lo hacían presos de espanto. Ajeno a cuanto no fuera él, cruzaba las calles sin atender semáforos y sin levantar la mirada del asfalto, pues, a su paso, hasta los tranvías y los trolebuses preferían detenerse, y si alguno amenazaba no hacerlo bastaba con enseñar la palma de una severa mano que levantaba a la altura de su cabeza. El padre de mi padre daba miedo.

En esencia, era un garrulo doblemente extremeño —por nacimiento y por habitar en el límite de la región de lo moralmente admisible— que vivía sometido a la voluntad de su demonio, la obsesión que le acompañó siempre: las mujeres. Su desertión del ejército franquista durante la guerra civil permaneció escondida del conocimiento de sus dos hijos hasta poco después de su muerte. Ellos le suponían valiente por haber pilotado un caza bombardero ligero Heinkel HE 51. También le atribuían la proeza de haber realizado el primer aterrizaje nocturno en la historia de la aviación española, aunque este dato no consta en ningún lado. Según el tío Germán, había dejado la aviación porque las cabinas cerradas hacían imposible el pilotaje a una humanidad tan desmedida que daba con su cabeza en los interruptores. Manuel Matamoros Fernández guardaba tantos secretos escondidos en su interior que se necesitaría ayuda extra para creer en él. Casi tanta como para aceptar que una cuidadora con cuarenta y cinco años menos le copara de amor y le hiciera padre a la edad de ochenta y dos. Aquello sorprendió incluso a los que pensaban que el amor no entiende de edades. Y ya no digo a los que sentenciaban que a determinadas edades la pujanza viril está agotada por mucho que el sexo sea la guía de la vida.

El amor romántico resulta siempre subversivo, pues altera nuestra esfera social. No se nos educa, especialmente a la mujer, para dar o recibir amor, sino para buscar seguridad, y la seguridad pasa por un contrato de familia. El matrimonio civil es un contrato vitalicio en el que a ojos desavisados se oculta el soborno social de no abandonarse jamás. Y se acepta por voluntad propia dando el sí con la inclusión del artículo 68: «Los cónyuges están obligados a vivir juntos, guardarse fidelidad y socorrerse mutuamente», principios básicos de derecho natural que emana del orden natural de las cosas. El matrimonio religioso es más explícito y mucho más poético: «Hasta que la muerte os separe». Amén.

Mis padres criaron cuatro hijos en un piso de sesenta metros cuadrados (4º B, Plaza del Perú 1 de Chamartín) situado en un distrito que hasta 1948 fue la aldea de Chamartín de la Rosa, fundada a principios del siglo *x*i por vascones. Según el catastro del marqués de la Ensenada de 1752, la extensión era aproximada a 3.000 fanegas, que habían contenido un bosque que ya entonces era un descampado donde se encontraba una taberna. También tenía un arroyo de nombre Abroñigal (hoy es la M-30), un puente que posibilitaba cruzar el arroyo y una bajada de aguas que hoy es el paseo de la Castellana. Contaba con diez pobres, un cura y un médico de nombre Juan Sánchez que igualmente atendía a los enfermos de Fuencarral. Durante la guerra de la Independencia, las tropas napoleónicas acamparon en Chamartín en diciembre de 1808. Napoleón Bonaparte se alojó en el palacio de los duques de Pastrana, que eran los propietarios de la mayoría de las tierras. Allí fue donde el emperador firmó el histórico decreto que abolió la Inquisición en la España ocupada. Durante mi infancia, Chamartín era un arrabal repleto de descampados.

Recién viudo hizo costumbre venir a comer todos los sábados. Anunciaba su llegada pulsando sin interrupción un timbre que era una desagradable chicharra. Abierta la puerta continuaba apretando el botón con su dedazo durante tres o cuatro segundos, tiempo suficiente para contemplar una enorme silueta que suspendía en la derecha un paquete de fiambres que yo, a mis seis años, imaginaba un revólver colt del 45. Y no era porque fuera un anormal, que lo era, es que disfrutaba en su papel de aguador de la fiesta y no deseaba hacer otra cosa que destrozar una armonía que solo existía en su imaginación. Luego, huraño, sin dar ni un beso ni un abrazo, entraba a un salón que también hacía las veces de comedor y, ocupando

un sillón, permanecía en espera inalterable hasta que la muchacha de servicio montaba la mesa. Entonces se transformaba en un poeta de silencios opalescentes. Clavaba sus ojos en la diana indiferente de un físico robusto o enfermizo, de la juventud perdida o por perder, del rubor o del descaro. Su promiscua humanidad, consecuencia de su degradación moral, siempre le hizo formar parte de esa fauna que responde a sus instintos antes que a sus ideas. De brutalidad innata, empeñado en subestimar la elegancia, su insolencia era tal que su frase: «Señorita, usted no gana más porque no quiere», aunque solo fuera por repetida, debería figurar como lema familiar de los Matamoros.

Una mañana primaveral se presentó con un par de horas de adelanto. Mi inocencia debía estar castigada, pues me hallaba jugando a ser el médico de mi hermano Nano, el pequeño, que pasó la infancia enfermo con un reumatismo del corazón, mal sometido a la influencia terapéutica, que se hizo duradero. Mi abuelo entornó la puerta de la habitación que compartíamos los cuatro niños y ordenó: Nos vamos. Me quedé bastante sorprendido y un poco nervioso traté de seguirlo ruidosamente hasta el portal saltando los escalones de tres en tres. Crucé la plaza corriendo junto al gigante y bajé por Alfonso XIII con la lengua fuera y sin pronunciar palabra hasta que llegamos a un campo de árboles desperdigados que moría en Arturo Soria. Allí, empeñado en su única empresa, dirigió su mirada hacia todos los puntos cardinales y, seguramente por no divisar mujer que prestara sus servicios de criada, murmuró: Arrabal de mierda. Nos cobijamos a la sombra de un árbol, extendió un pañuelo sobre la hierba y se sentó. Por única vez en mi vida lo vi convertirse en amable y se preguntó cómo mis padres se podían haber venido a vivir aquí. Me expuso sus razones para la queja de su incomprensión. Afirmó que llegar hasta allí era un peregrinaje y, con aire pedagógico de modo que supo poner la escena ante mis ojos, me explicó que lo único bueno que tenía ese barrio eran los estudios cinematográficos Sevilla Films, una edificación situada justo enfrente de mi casa y que poseía unos amplios terrenos para el rodaje exterior. Me dijo que allí había muerto Tyrone Power y que debería ser la envidia del colegio, pues mi ventana era un palco de preferencia desde donde se podía ver en acción a Charlton Heston y que, además, te podías cruzar por la calle con Ava Gardner, Geneviève Page o Sofía Loren, que comían asiduamente en el restaurante «Maite», local que estaba en la misma cuadra de mi casa y

que habían frecuentado mis padres hasta mi nacimiento. ¡Sofía Loren, la mujer más guapa del mundo!, exclamó, y suspiró sin tomar aire.

De allí nos fuimos a «Maite», supongo que por si aparecía alguna actriz aunque fuera de reparto. Pidió una tónica para él y nada para mí. Me dio un trago del resto que dejó el camarero en la botella. Se rio a mandíbula batiente con mi gesto de desagrado y me explicó que ese sabor amargo era efecto de la quinina. Supongo que por la cantidad de tónica que consumía, después de las mujeres, aquella bebida era la mayor fuente de felicidad de su existencia.

A continuación me habló de sentir la velocidad e hizo una relación de los coches que había tenido entre los que destacó un Hispano Suiza H6B y un Talbot-Lago T-150C-SS, por lo que hoy creo que alguna vez debió ser próspero. Luego bajamos hasta «Pastelería y fiambres Ega». Antes de entrar me advirtió con severidad que no se me ocurriera llamarle abuelo. Le saludó con familiaridad una dependienta que aunque madura resultaba grata a la vista. Con ella mantuvo una conversación de pocas palabras y en un tono de voz imperceptible. Salimos con un paquete liviano que contenía jamón york, queso fresco y aceitunas. Me sentó sobre sus hombros como quien mueve una pluma y atravesamos República Dominicana. Subimos el tramo de la prolongación de General Mola y cruzamos la plaza del Perú sin atender las indicaciones del semáforo, jaleados por el sonido de un claxon y el grito de ¡Giilipollas! que un conductor ciudadano vigilante nos dirigió. Ver la vida como un gigante, aunque fuera por un momento, fue el mejor regalo que recibí hasta entonces. A él no le volví a ver hasta pasados doce años. No me pareció un gigante, tampoco le juzgué un fanteche risible, hasta creo que me hubiera llegado a jugar el cuello a que seguía siendo pistolero.

David Cooper, en su crítica feroz de la familia burguesa, sostenía que en cada niño anida un artista verdadero, un visionario y un revolucionario, al menos de forma germinal, siempre y cuando el adoctrinamiento escolar no haya comenzado a destrozarlo. Desde su punto de vista y desde la experiencia positiva que he tenido con mi hija Alicia puedo afirmar que el líder de la antipsiquiatría estaba en lo cierto.

Criar a un niño supone un ejercicio constante de destrucción de su persona. Como de igual forma, educar a un niño supone sacarlo de su camino, alejarlo de sí mismo. La familia y el sistema educativo oficial estimulan e

inculcan el conformismo buscando la normalización del hijo o el alumno a través de su socialización, impidiendo a toda costa el desarrollo de su conciencia crítica. La familia transmite al niño un sistema de tabúes con el ejemplo y la educación en los controles sociales mediante la implantación de la culpa. El castigo es la amenaza de la pena que se aplicará al niño que actúe prefiriendo la libertad de sus elecciones personales a las ordenadas por la familia, la escuela y la sociedad.

No deja de resultar extremadamente paradójico que el complejo de castración (el miedo a perder el pene en ellos y la envidia del pene en ellas), algo que determinará la vida sexual adulta, sea admitido como necesario o se vea como algo natural para el individuo cuando, en realidad, podría ser evitado o disminuido en sus efectos con una educación adecuada. Una persona sexualmente sana es la que llega a la edad adulta sin complejos ni tabúes. El complejo de castración es la fuente de casi todos los complejos sexuales que desarrollará el adulto, alguno de los cuales incluso lleva a comportamientos peligrosos. La educación sexual de un niño no debe ser ni reprimida ni obligada. Sinceramente creo que habiendo observado sociedades que entendemos primitivas, deberíamos tomar ejemplo de la naturalidad con la que se respetan el derecho de esos niños a desarrollar su sexualidad. Simplemente no educan a sus cabezudos en este aspecto fundamental de la vida y estos crecen tan sanos que les repugnarían las sombras de Grey.

Si hay algo que colme de sentido la vida es la expresión de la ternura. Es la más amplia demostración del cariño. La exteriorización rigurosa y al tiempo delicada del amor. Las relaciones afectivas, tanto de pareja como paterno filiales, se fortalecen y se sustentan en ella. Las relaciones sexuales carentes de ternura están irremediabilmente condenadas al fracaso que supone la ruptura. Su carencia denuncia el egoísmo que comprende la búsqueda exclusiva del propio placer.

Me crié en una cultura donde la única demostración de amor que se podía expresar o recibir era la de una madre. Manifestar ternura se interpretaba como una demostración de debilidad o amaneramiento. Una visión tan errónea como cualquier otra que nazca de una idea preconcebida, porque la ternura es una expresión de coraje nacida de la generosidad que resulta fuerte y decidida. Gandhi afirmaba que solo un cobarde es incapaz de expresarla. La ternura nos da la medida de la virtud de un ser humano. La ternura es belleza.